

La voz del joven penetraba sonido celestial en el oído de la niña

—¿ Me amas mucho, Armida?

—¡ Oh, sí! Más que á mi vida! Conozco que esto que digo es atrocemente malo; pero hay una fuerza irresistible que me arrastra hacia tí.....

La temible abnegación, causa de la pérdida de tantas jóvenes, presentábase, amenazando dar al traste con los buenos propósitos de Armida.

Para salvar tan peligrosas situaciones, se necesita la intervención providencial..... Alberto se había acercado á la joven y tomando la orla de su fina falda de gasa, imprimió en ella un beso. En el acto un gran estrépito se produjo en la loma fronteriza. El terrible huracán hizo pedazos todos los grandes árboles que le opusieron resistencia, y bajando cual destructora, formidable avalancha, destrozó por completo el gigante centenario a cuyo pie se hallaban los amantes que, al instante, quedan envueltos en las ruinas..... Parte del ramaje cayó al río, mientras el resto cubrió sobre la tierra un área de veinte metros á la redonda. Después..... ¡ Allí reinó el silencio de las tumbas!.....

Debemos explicar la frase "la temible abnegación", porque talvez se creerá que ese hermoso sentimiento, innato en el hombre, lo calificamos de temible por ser malo. Nada de eso. La abnegación ha formado muchos héroes y heroínas, porque ella, espontáneamente, ejecuta acciones grandiosas. El cariño materno, aún en muchas bestias feroces y entre salvajes antropófagos, es, siempre, abnegación. "Vive tú, aunque yo muera", dice la madre amante. "Corramos á salvar los náufragos", dice el marinero, y sale del puerto en pequeño esquife, que la tempestad amenaza hundir. "Escalemos la incendiada casa para salvar á sus habitantes", dice el bombero, sin cejar, aunque teme perder la vida allí. Todas esas y otras muchas, son acciones ejecutadas por el gran sentimiento llamado abnegación.

Y cuando una mujer ama mucho, y el amante la ruega que cometa tal ó cual infracción de las Leyes del Deber, ella, que conoce y practica los preceptos morales que imponen esas santas leyes, siéntese flaquear si la abnegación, temible en este caso, se presenta.

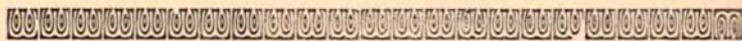
El sentimiento nativo se sobrepone al impuesto.... De ahí las faltas cometidas por muchas jóvenes honradas, que no piensan absolutamente en liviandades: que saben el valor de su honra, pero á quienes, su gran abnegación, impele á hacer tamaño sacrificio en aras de su amor..... Preguntad

al Sena, al río que atraviesa París, por qué, con frecuencia, se extraen de sus aguas los cadáveres de tantas jóvenes. El, os contestará, con voz solemne: “En mi seno jamás se acoge la prostitución: las muertas que ves, fueron jóvenes honradísimas: tuvieron la desgracia de amar mucho al hombre; abnegadas, le sacrificaron su virtud. El miserable calavera, se presentó á poco, en toda su inmunda desnudez, despreciando lo que tanto fingió amar primero. Entonces la desolada joven vino á mí, descansando en la dulce paz de mis ondas frías”

Añadiremos que, si bien la mayoría de los hombres se portan indignamente con las jóvenes que fingieron amar para atraerlas al abismo, hay muchas honradas excepciones.

Así como en los árboles cargados de frutos, algunos de éstos, sobresalen por superior tamaño y lozanía; así mismo, en la humanidad se distinguen algunas personas, del común de las gentes, por sus rectos, plausibles procederes. A estos, aunque no hacen más que cumplir con el deber, hay que rendirles un voto de gracias, porque ayudan á sostener el gran edificio social, que, con tanto trabajo, han levantado los legisladores de todos los tiempos. A los otros, á los demoledores, les convendría, mucho, volver á la vida salvaje. Allá, en las selvas y montañas, campando por sus respetos, estarían á sus anchas disfrutando sin traba alguna, de sus anhelos satíricos. Es probable que las mujeres salvajes no tomarían la cosa en serio, y no habría suicidios.





CAPÍTULO XXII

DESPUES DEL HURACAN

Doña Antonia y el caballero, sentados en el salón departían agradablemente sobre asuntos varios, si bien triviales, divertidos; porque como se ha dicho, esa señora tenía natural gracejo en el decir, y su objeto era siempre distraer á Soldevilla de la habitual melancolía producida por su estado enfermizo.

De repente fueron interrumpidos por la aparición del terrible meteoro, que, rompiendo estrepitosamente gran número de los atlísimos árboles de la llanura, pasó veloz, poniendo pavor en el ánimo de los pacíficos interlocutores, que por cierto no esperaban el paso de tan terrible viajero.

—¡Un huracán!—dijo don Guillermo.—¿Usted habrá visto algo de esto allá por Europa?

—No, señor—dijo doña Antonia, que aún temblaba.—He presenciado vientos muy fuertes, pero nunca uno como el que acaba de pasar. ¿Volverá?

—Nó; seguirá adelante dejando en pos de sí la devastación y la ruina: no retrocederá. Pero si Armida no conoce un huracán, estará aterrada la pobre niña. ¿Dónde cree usted que se ehalla ahora?

—Sin duda en la ranchería: ella acostumbra ir allá casi todos los días.

—Pues señora, hágame el favor de llamar á Matías y José, porque quiero enviarlos pronto á los ranchos á ver si está allí que la acompañen á la vuelta.

La señora fué á dar las órdenes, presentándose en seguida dos fornidos mozos.

—Vayan los dos en seguida a la ranchería y vénganse acompañando á mi esposa que debe hallarse allí, y estará muy asustada con el huracán. Le dirán á los indios, que si

sus viviendas han sido volcadas—como supongo—vengan todos á pasar la noche aquí, hasta mañana que yo mande toda la gente de la hacienda para que les ayuden a levantar sus ranchos.

Momentos después José y Matías, los dos más sesudos sirvientes de la casa, corrían por la llanura en dirección á la ranchería. Poco antes de llegar á ésta se encontraron con la yegüita baya que pacía tranquilamente la fresca yerba del sendero.

—Esto es—dijo Matías—que la yegua se escapó sola. Hay que llevarla para que la señora vuelva en ella; y tomando por la brida al animal, siguieron su camino á buen paso. Cuando llegaron, el campo presentaba tal desorden y estrago, que había materia para exclamar, parodiando al Poeta: "Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora—Campos de soledad, mustio collado—fueron un tiempo Ranchería famosa... Los techos habían volado: la armazón de varas que constituían las paredes yacían dispersas por el suelo.... Las pobres indias deploraban gimiendo la muerte de sus trastos de barro; comales y ollas, todo habíase convertido en informe montón de añicos. Los hermosos racimos de dorados plátanos, huéspedes constantes, en tiempos normales, de la cadena del techo de los ranchos, habíanse convertido en doradas tortillas. Las ropas en revuelta confusión, asomaban temerosas por entre los intersticios del montón de varas....

—Buenas gentes—dijo José—, nada se consigue ahora con llorar. Procuren extraer sus frazadas de entre esa balumba de palos, y váyanse con ellas para la casa del patrón. Traigan orden de decirles que allá en la casa pasarán ustedes la noche, y que mañana se mandará gente que les ayude á levantar los ranchos. Conque al avío, y no gimotear inútilmente.

Ahora, díganme donde está la señora, que á buscarla venimos.

—La niña no ha venido ni ayer ni hoy.

Entonces ¿por qué esta yegua ensillada estaba en el camino que conduce aquí?

—¡Ay Jesús! que á la niña le sucedió desgracia! Ella ispió al Espíritu del Río: todas le dijimos que no ispiara, porque le sucedía algo malo.

—Mujer—dijo Matías—, quién le dice que sucedió desgracia á la señora? No está aquí? pues la buscaremos en otra parte. ¡Vámonos, José! Trae la yegua; ya hallaremos por ahí á la señora: el huracán la habrá asustado mucho, y hay que buscarla pronto.

—Nosotros—dijeron varios indios—vamos con ustedes,

porque deseamos mucho saber si parece la niña. Todos los indios querían ir, pero era preciso que algunos se quedaran para ayudar á las mujeres en la exhumación de las mantas para dormir. Media docena de ellos acompañaron á José y Matías. Constaba, pues, la brigada, de ocho hombres, dispuestos á no dejar piedra sobre piedra, hasta hallar á la perdida joven.

—Mirad muchachos,—dijo José—; Cuántos árboles ha quebrado el huracán! Yo no veo aquel muy grande, allá en la orilla del río. ¿Sería posible que también lo rompiera? Me ocurre una cosa: soltemos la yegua á ver qué dirección toma. Puede que su instinto la guíe al lugar donde la señora se apeó, y entonces la hallamos pronto. Esa idea pareció bien á todos: pues si bien la baya, espantada con el huracán, tomó el camino de la Ranchería, no habiendo ya peligro alguno pudiera ser que volviese sobre sus pasos al mismo sitio donde su dueña se apeó—como así mismo fue. Dejándola marchar suelta, viéronla encaminarse á la orilla del río: al mismo sitio donde poco antes elevábase el gran coloso vegetal, ahora convertido en pelado tronco de cuatro ó cinco metros de altura. Todos, siguiendo á la bestia, contemplaron el inmenso ramaje esparcido por el suelo. La baya se paró allí. Los ocho hombres registraron cuidadosamente las cercanías, sin obtener otro resultado que el convencimiento de que allí no estaba la señora; y entonces ¿por qué la bestia estaba parada cabe ese montón de ramas?

—¡Jesús me valga!—dijo Matías—; será que la señora está debajo de esos palos?

Como si alguien quisiera contestar, todos oyeron un ligero, débil gemido.

—¡Muchachos! ¡pronto! ¡pronto!—dijo José.—Ayuden todos á separar estas ramas; pero levantarlas con mucho cuidado: aquí debajo hay alguien que corre peligro de muerte. ¿Si será la señora? ¡No lo quiera Dios!

Entre los ocho hombres pronto quedó descubierto parte del piso, viéndose aparecer un pie.

—No es la señora: es un hombre ¡mirad la bota! poco tiempo después apareció todo el cuerpo. Este tenía el rostro cubierto de sangre. Señor Esteban, curandero de la Ranchería, corrió al río trayendo, en su sombrero de pita, agua: quitóse el pañuelo del cuello lo mojó y poco á poco fue limpiando la sangre hasta no dejar ninguna en la cara del herido; después hizo lo mismo con una herida que había en la cabeza, diagnosticando que, según su leal saber y entender, no era mortal. Por último, después de restañar la sangre,

puso una compresa con el pañuelo; quedando lista la primera cura. Después dijo:

—Yo conozco á este joven: es hijo del que llaman el Solitario del Bosque. También los otros indios le conocían por haberlo visto, cazando, varias veces.

—Pero, mirad—dijo Matías—, mirad lo que el herido tiene en la mano.....

Todos miraron. Alberto tenía entre los apretados dedos de la mano derecha, un pedazo del vestido de Armida.

Se recordará que aquél tomó la orla del vestido, besándola en el mismo instante en que tronó el huracán. Pero el joven no soltó el vestido, sino que éste, por ser de finísima tela, se rompió, quedando un pequeño trozo fuertemente agarrado entre los dedos de Alberto, que, al cerrar el puño, quedó sujeto con tal valentía, que á Matías le fué imposible quitárselo. En cuanto á la joven, que estaba inmediata á la orilla, rodó al río arrastrada por la gran copa del árbol que al caer formó con su peso un gran derrumbe en la ribera.

—¡Jesús me valga!—dijo José.—Se ve que este joven quiso salvar á la señora agarrándola por el vestido, pero la tela se rompió, y la pobrecita se fue arrastrada por parte del árbol: mirad el derrumbe de la orilla..... por ahí se fue. La desgracia no puede ser más patente. ¡La señora se ahogó! Yo no me atrevo á dar esta noticia al amo. ¿Qué hacemos?

Los indios aterrados guardaban silencio.

—Lo que hemos de hacer ahora—dijo el curandero—es ver el modo de que este hombre no se muera. Si cura, él contará después toítico lo que ha pasado. Fabriquen presto con bejucos y ramas un camastro pa que lo llevés onde el patrón, y allá lo curen pa que dé noticias de la señora.

El médico era entendido. En pocos minutos se formó una rústica camilla y cogiendo con mucho cuidado al herido fue colocado en ella y conducido por cuatro indios. La baya, espectadora silenciosa de este siniestro, iba llevada de la brida, siguiendo el triste cortejo.

Doña Antonia y Soldevilla asomados a la ventana, vieron, llenos de sobresalto, el grupo que avanzaba por el llano, como asimismo la yegua enjaezada pero sin jinete.

—¡Dios mío!—dijo doña Antonia—viene la baya sin Armida y esos hombres traen alguien sobre unas ramas.....

—¿Será posible que sea la niña?—añadió don Guillermo.

Llenos de zozobra los dos fijaban la vista con terror en el ya cercano grupo. La señora, febril, no tuvo paciencia pa-

ra esperar más; y lanzándose fuera de la casa, corrió junto á la camilla.

—¡Pero, Dios mío! ¿Dónde está Armida? ¿Quién es este hombre que traéis herido?

—Nada podemos decir á usted, señora: si este joven recobra la voz, dará noticias ciertas de lo que ha pasado. Nosotros no hemos podido hallar á doña Armida; solamente hallamos la bestia suelta y aparejada.....

Daño Antonia, acogojada, hizo que entraran la camilla al salón, donde el caballero, asombrado y lleno de pesadumbre, sospechaba ya un funesto acontecimiento, sin darse aún cuenta cabal de la verdad. Pusieron la camilla en el suelo.

Mandado por Soldevilla—que no admitía medias palabras, Matías no tuvo otro escape que relatar lo que había pasado, como asimismo, la casi certeza de que la señora fue arrastrada al río, por cuanto se veía claro que aquel joven herido quiso salvarla: cosa patente, por el pedazo de vestido que tenía tan apretado en la mano, lo cual á todas luces indicaba que quiso prestarle auxilio en el momento del desastre.

El caballero, deplorando amargamente tan infausto suceso, no obstante su aflicción, preguntó quién era el herido, v si tenía familia.

—Señor—dijo Matías—, tiene su padre. Su casa está poco más ó menos, á una legua de aquí; al padre lo llaman el Solitario del Bosque, porque nunca sale y la habitación está casi oculta entre la arboleda.

—Yo sé quien es: le conozco. Monta inmediatamente á caballo, José, y vé á dar parte á ese señor de este deplorable acontecimiento.

José aparejó un brioso alazán partiendo á riendo suelta, á cumplir tan triste misión.

Don Gabriel, que desde el paso del huracán, montó á caballo para recorrer la propiedad y enterarse de los destrozos acontecidos, regresó un tanto animado, pues si bien el déspota de la Naturaleza rompe todo lo que se opone á su paso, deja incólumes aquellos seres que, doblegándose ante el ímpetu furioso, se inclinan hasta el suelo volviendo en seguida á erguirse y tomar su natural posición, porque han quedado ilesos. Por eso en la hacienda hubo gran destrozo entre la arboleda; pero los cafetos, plátanos y cañales, los primeros protegiéndose unos á otros por sociable agrupación y los otros por su flexibilidad no sufrieron mayormente, por haberse inclinado solícitos ante el paso del gran señor. Algo de la cosecha de café se perdería, porque el roce

del ramaje tumbó algunas bayas; pero no sería mayor cosa. Y por eso, el Administrador, después de un vistazo á Miraflores, llegó muy contento á la casa, sin sospechar el terrible drama que durante su ausencia se desarrollaba allí. Al enterarse de la desgracia quedó atónito. La esposa, hecha un mar de lágrimas, lamentaba el trágico fin de Armida, pues al ver el pedazo de vestido entre la cerrada mano del herido, no se podía dudar: aquello era una prueba plena, incontrastable; la joven murió ahogada.

Don Guillermo se reprochaba haber traído de Europa á aquella preciosa niña que, aunque pobre, pudiera haber sido más feliz allende los mares, que lo fué en esta su nueva patria, donde tan pronto halló muerte siniestra.

Castañeda deploraba no poseer la elocuencia de los grandes oradores para calmar esos raptos de dolor que acometían á la señora y al caballero.

¡Estaban bien justificados! Luego, si Antonia no se calmaba, corría peligro su anhelada selección, que ya, claramente, se columbraba.

Don Guillermo—como ya se ha dicho, había tenido grandes desgracias de familia, pero en la presente sentíase atormentado por el remordimiento de haber traído esa pobre niña á un país donde muchas veces la Naturaleza, enérgica en sus manifestaciones, es hostil á los extranjeros. Esto no es generalmente cierto, pero el buen señor, echábase la carga de responsabilidad en tamaño asunto. ¡Como si lo que está para suceder, torciera su derrotero, ineludible, porque está marcado en el gran libro de la Eternidad!

Don Gabriel después de perorar largo rato sobre las imprevistas vicisitudes de la vida, aconsejando la conformidad con los altos, ineluctables decretos de poderes invisibles, dijo que iba al río á cerciorarse por sí mismo del estado en que estaba la ribera, y si había alguna esperanza siquiera de hallar el cadáver para dar á la joven sepultura cristiana.

Encaminóse seguido de los indios al sitio de la catástrofe y observó atentamente el derrumbe de la orilla, teniendo allí la certeza de que Armida, arrastrada por el ramaje, cayó al río ahogándose en él.

No cabía duda alguna. Sin embargo, quiso examinar gran parte de la ribera á ver si columbraba el cuerpo de la joven detenido en algún remanso de la orilla. Dirigióse, seguido siempre por los indios, camino de la que fue ranchería, pues antes de llegar á ese sitio, siendo la margen del río muy elevada y abrupta, no era posible costearla. Al enterarse las indias, por sus hombres, del triste fin de la niña, pu-

sieron el grito en el cielo, lamentando con descompuestos alaridos, la muerte de la preciosa y querida niña que tanto bien les había hecho. No faltó allí quien en holocausto á la ilustre víctima, se arrancara buenos mechones de cabellos, arañando con uñas homicidas brazos y cara.

Mientras estas infelices se entregaban á un legítimo dolor, si bien expresado con tan salvajes manifestaciones, don Gabriel trepó á la somada alta, examinando atentamente las aguas que—como se ha dicho—por allí corrían muy hondas. Nada vió al principio, pero al fin descubrió una gran rama que, lentamente, se deslizaba río abajo pasando al fin perpendicular al alto pico donde estaba el observador. Éste miró con insistencia descubriendo ¡oh, dolor! enredado en las ramas un pedazo de tela igual á la que el joven herido tenía apretada en su mano. Allí en aquella rama estuvo Armida..... quizá ya muerta..... talvez viva todavía.

El peso del cuerpo rompió la fina tela del vestido rodando la joven al agua, mientras el fragmento de lienzo quedó allí prendido, como prueba fehaciente de la catástrofe. Castañeda, lleno de pena, bajó de su atalaya y, dirigiéndose á las indias, dijo:

—Señoras mías, la desgracia es cierta: es preciso conformarse con lo que Dios dispone, porque todo lo que sucede está decretado por él. No hay, pues, que desesperarse, sino bajar la cabeza y recibir con humildad todos los golpes que el Señor quiera enviarnos. Esta noche la van ustedes á pasar allá en casa del patrón. Procuren sosegar, y así que lo consigan, váyanse, guardando el mayor silencio. Allí no hay que llorar á gritos porque eso causaría mayor aflicción á mi esposa y al caballero. Yo estaré á la mira, para cuando lleguen señalarles habitación para dormir; también les daré cena. Mañana vendrá todo el personal de la hacienda para que ayuden á levantar sus ranchos. Mandaré una carreta al pueblo más cercano para que les traiga todo el menaje que se ha roto. La señora las quería á ustedes. Yo continuaré protegiéndolas. Algunas indias comenzaron otra vez á gemir y Castañeda, reiterando su encargo de que guardarán silencio al llegar á la casa, despidióse de aquellas pobres atribuladas que estaban en la firme creencia de que el causante de aquella gran desgracia era el Espíritu del Río.

Al acercarse don Gabriel al domicilio, vió que á rienda suelta corrían por la llanura dos jinetes con dirección á la casa: eran el enviado José y el Solitario del Bosque.



CAPITULO XXIII

EL SOLITARIO DEL BOSQUE

El desconocido apeóse, siguiendo al doméstico que lo condujo al salón. Saludó cortésmente á don Guillermo y nada dijo á doña Antonia que sollozaba en un rincón. Después puso los ojos en su hijo, exhibiendo su rostro el sentimiento de la más acerba pena: se acercó á la rústica camilla donde el joven permanecía con los ojos cerrados, dando señales de vida por ligeros quejidos que de vez en cuando exhalaba. Sobre las ramas se había colocado un colchón descansando en él con más comodidad el cuerpo, sin duda adolorido, del paciente. El padre le tomó el pulso que ya indicaba un principio de fiebre. Con lágrimas en los ojos se arrodilló junto al lecho pronunciando al oído del joven algunas palabras cariñosas y consoladoras. Entonces Alberto abrió los ojos reconociendo á su padre, pero no pudo moverse por el gran estropeo que el peso de tanto ramaje había producido en su cuerpo.

—No te esfuerces, hijo mío—dijo, viendo que el joven trataba de alargar sus brazos para abrazarle—no hagas movimiento alguno hasta que estés mejor—y rodeó su cuello con suave abrazo, imprimiendo en su frente un apasionado beso de paternal ternura.

—Señor de Soldevilla—dijo el Solitario—suplico á usted me permita hablar á cuatro de sus trabajadores para que conduzcan la camilla, pues necesito lo más pronto prestar á mi hijo socorros facultativos.

—Caballero, desearía que usted y su señor hijo se quedaran en esta su casa. Es él la única persona que podrá darme noticia cierta del trágico fin de mi esposa. Usted puede convencerse de esta verdad viendo el pedazo de tela que ese

joven aún tiene agarrada en su mano. Esa tela es un retazo del vestido que la desgraciada niña llevaba puesto hoy. Por cualquier motivo su hijo se hallaba cerca de mi esposa y quiso sarvarla al rugir el huracán. Suponemos que la tela se rompió quedando ese fragmento en la mano del joven, mientras mi esposa rodó al río; no lo sabemos positivamente, pero la prueba es abrumadora y por demás verosímil. Ahora bien, su hijo de usted es el único que podría darnos cuenta exacta de lo acontecido. ¿Quiere usted quedarse aquí hasta que el herido se alivie y pueda hablar?

—Doy á usted repetidas gracias por su ofrecimiento sin poder aceptarlo. Quiero llevarme lo más pronto á mi hijo porque voy á consultar con el mejor doctor de la ciudad que, afortunadamente, es mi apoderado allí. Le prometo á usted, bajo palabra de honor, que si Alberto puede dar luz sobre esa desgracia, yo mismo, ó una carta mía, le enterará á usted al momento de lo que fuere.

Viendo Soldevilla que sería inútil rogar á un misántropo para que viva socialmente, dijo á Castañeda que trajera del trabajo ocho hombres por si querían remudar en el camino. Apenas llegaron, cargaron con la camilla; los otros iban al lado. El solitario despidióse de los señores cabalgando al paso junto á la litera. Esta se había cubierto cuidadosamente con gran frazada para evitar que el relente de la próxima noche hiciera daño al herido. Caminando á buen paso, pronto llegaron á la casa situada en medio de un bosquecillo donde abundaban árboles frutales entremezclados con otros de madera de construcción; como cedro, caobas y otros varios. La casa era bastant pequeña, constaba de tres ó cuatro piezas, con dependencias de comedor y cocina. Estaba amueblada con la mayor sencillez. Lo único notable que se veía en la primera pieza ó sala, era un armario con puerta de cristales grandes á travez de los cuales podían leerse los títulos de los muchos libros que contenía. Si á la casa llegara cualquier persona, al momento se enteraría de que el dueño, si no era sociable, por lo menos tenía afición á las letras, y váyase lo uno por lo otro. El Solitario ató su caballo á la argolla de la puerta y entró en la casa con la litera, la cual fue colocada en el suelo en el cuarto inmediato que contenía dos camas. Rogó á los hombres que, con todo cuidado le ayudaran á poner el herido en el lecho. Así se efectuó sin poder evitar que en el traslado, el joven lanzara algún quejido. Después el caballero dió á cada uno de los ocho hombres una moneda de oro, que ellos recibieron agradecidos, puesto que en menos de una hora se ganaban el sueldo de un

par de días: los trabajadores saludaron retornando para Miraflores, donde tenían tiempo de llegar con alguna luz del día.

Allá dentro, en la cocina, oíase el trastear de cacerolas y platos, ruido que indicaba el aderezo de alguna vianda para la cena. Pero la cocinera fue interrumpida en sus faenas culinarias por la llegada del dueño que la dijo:

—¡ Pronto, María, deja la cocina y sígueme!

Una anciana setentona pero fuerte, y aún robusta, siguió al señor, que la condujo junto al lecho de Alberto. Esta buena mujer iba á lanzar una exclamación, que impidió el Solitario poniendo el índice en la boca, signo significativo de silencio. Después que, con el delantar, se limpió las lágrimas que la vista del enfermo hizo brotar, la anciana siguió otra vez al Solitario que, en la sala, la puso con pocas palabras, al corriente de la situación, concluyendo:

—Tráeme pronto una taza de leche tibia á ver si puedo hacerla tomar á mi hijo.

María trajo en seguida lo pedido. Tomando la taza el padre rogó al joven que bebiera. Este abrió los ojos tratando de incorporarse, cosa que no pudo efectuar. El Solitario con cuidado le rodeó el cuello con su brazo, levantándole un poco la cabeza y así pudo ir deslizandole el líquido hasta que lo apuró todo. Al terminar, díjole á su hijo:

—Esta leche te hará mucho bien: verás, querido, cómo mañana amaneces mucho mejor.

El herido sonrió triste cayendo á poco en un letargo que bien pudiera ser sueño reparador. El Solitario salió del cuarto diciendo á María:

—Yo parto en seguida á la capital á traerme al doctor Amador. Entretanto, María, compañera inseparable de mi desgracia, te confío á nuestro Albertito: sé que le amas casi tanto como yo; no abandones su cabecera mientras retorno. Te encargo que, poco á poco, trates de quitarle de entre los dedos un pedazo de tela que tiene fuertemente agarrado. Si lo consigues, guárdalo bien para que él no lo vea. Es posible que si se duerme profundamente, los dedos se aflojen y por sí mismo se desprenda la tela. Yo te contaré la importancia de este encargo; ahora no tengo tiempo. Quiero estar de vuelta antes de media noche. ¡ Adios, hasta dentro de cinco ó seis horas, mucho cuidado con mi pobre niño!

—¡ Parte tranquilo, hijo de mi alma!

Y la anciana sentóse cerca de la cama, para no moverse de allí hasta el retorno del que se iba.

El Solitario, tomando un puñado de monedas, envolvió-

se en su abrigo y montando en brioso alazán corrió á rienda suelta hacia la capital.

Dos horas después el viajero se apeaba en la primer caballeriza que halló al paso. Su magnífica, valiente cabalgadura había corrido, en tan corto tiempo, las seis ó siete leguas que del bosque distaba la ciudad.

Hemos de exponer ahora que el llamado Solitario del Bosque era muy rico. Hacía muchos años depositó en el Banco de aquella capital una gran suma cuyos intereses, nunca reclamados, se iban capitalizando y por consiguiente aumentaron mucho la cantidad primordial.

Ese dinero fue colocado á nombre de su hijo Alberto, que á la sazón, era dueño de unos tres millones de duros. Por eso el joven, al pie del árbol, dijo á Armida: "sígueme, soy rico, etc., etc.

El doctor Amador era el corresponsal del Solitario. Ese afamado médico, conociendo que las grandes penas morales son dignas de respeto, miraba con aprecio á su cliente, en el cual descubría una de esas enfermedades del alma que, no pocas veces son incurables.

A casa de Amador, que á la sazón se hallaba en su Botica, se dirigió rápidamente el viajero.

Después de saludarle, informóle del caso urgente que allí le traía. El médico, comprendiendo que la situación del joven pudiera ser peligrosa, accedió á ponerse inmediatamente en camino. Púsose un buen gabán de abrigo, metiéndose en los anchos bolsillos algunas medicinas é instrumentos quirúrgicos, y vamos andando á la caballeriza. Allí el Solitario tomó su brioso corcel y para el doctor, alquiló el de mejor andadura de todos los caballos que había allí. Esto no quiere decir que Amador no tuviera bestia propia, pero no era tan fácil traerla pronto, y este caso fortuito, pedía la premura.

Eran las ocho de la noche cuando los dos caballeros salían de la ciudad á buen paso, pero no tan rápido como el que trajo antes la caballería del Solitario, había que tener consideración con el médico y también con la bestia.

Tres horas después los dos caballeros llegaron al término de su jornada. La anciana continuaba á la cabecera del joven y como éste habíase dormido por largo rato, despertó al ruido de pasos de los cabalgaduras. El pedazo de tela ya no estaba en los dedos del herido; se había desprendido durante el sueño, y María, con ligero tirón, acabó de extraerlo guardándolo en su bolsillo.

Cuando el padre y el doctor se acercaron al lecho, el

joven estaba bien despierto. El médico lo pulsó declarando que había muy poca fiebre, cosa que indicaba la poca gravedad de la herida. Esta fue examinada y curada en seguida. Después, apartando las ropas, registró el busto donde no halló señales de golpe serio; por consiguiente, los órganos vitales no corrían peligro alguno. En los brazos y piernas presentábanse algunas contusiones de poca importancia; pero nada de fractura. El doctor volviéndose al caballero, díjole sonriendo:

—¡Vaya, señor mío! nos hemos echado al colete Ud. doce y yo seis leguas, por unos cuantos arañazos y una herida superficial. El susto de Ud. me hizo creer que su hijo estaba gravísimo: esto me recuerda aquella fábula “El parto de los montes”. Le felicito á Ud. porque todo ha sido poco más que nada; pero, realmente, la cosa pudo ser mucho más grave.

Como el doctor daba la seguridad de que su hijo no corría peligro alguno, el padre se puso de muy buen humor. Llamando á la anciana díjole alegremente:

—Anda, María; prepara pronto algo de cena para el señor doctor, yo tendré el honor de acompañarle á la mesa porque su favorable diagnóstico respecto al enfermo, ha despertado en mí un apetito de gastrónomo.

María fuese á la cocina; activó el fuego, y pronto calentó la vianda que ya, desde temprano, tenía preparada para Alberto y su padre. Media hora después, la pequeña mesa del comedor fué aderezada con albo mantel, dos cubiertos, una botella de Jerez, otra de rico licor, dos vasos, dos copas y un bonito recipiente del tallado cristal de roca lleno de agua. Llamó á los señores, que no se hicieron rogar. Mientras éstos tomaban, para hacer boca, una copita del exitante marasquino, María puso en la mesa una comfortable sopa de garbanzos con tocino; siguióla un apetitoso arroz á la valenciana aderezado con pollos tiernos. Para postres: turrón, higos secos, pasas y almendras tostadas.

El anfitrión y su comensal hicieron buena brecha á esas viandas, si bien poco variadas, muy suculentas: el Jerez alternaba con los buenos bocados y la botella tocó á su fin. Después llegó su turno al aromático moka, servido en tacitas de fina porcelana. El Solitario trajo algunos buenos puros, punto final del **banquete**.

El doctor comprendía que el tal Solitario no lo había sido siempre, pues su conversación y finos modales, indicaban al hombre culto y social.

En medio de las espirales de humo de los ricos habanos,

comenzaron á departir familiarmente, como si desde antaño hubieran sido grandes amigos; cuando apenas se habían visto alguna rara vez; pues aunque Amador fuese corresponsal del caballero, eso no implica una franca amistad, sino fe en la honorabilidad del sujeto á quien se confía alguna misión financiera.

—Y dígame Ud., amigo, esa anciana que nos ha servido tan bien condimentada cena ¿es la que la cocina?

—Sí, señor doctor.

—Pues es admirable que á su edad, tenga tan exquisito gusto para confeccionar viandas tan sabrosas.

—¡ Oh! la práctica de largos años la ha convertido en una buena cocinera: como apesar de su edad se conserva robusta, no retrocede ni aún ante el horno, que es trabajo bastante pesado. Ud. ha podido apreciar la calidad de pan que ella elabora.

—¡ Es magnífico! terminó el doctor, que durante la cena habíase comido un hermoso bollo.

—Ahora, doctor, voy á permitirle pedir á Ud. un consejo.

—Estoy á la disposición de Ud. si puedo servir en algo.....

—Según Ud. me asegura mi hijo físicamente no corre peligro alguno.

—Y es así; dentro de pocos días—quizás diez—la herida estará cicatrizada. Respecto al estropeo que hoy sufre puedo asegurarle que no durará más que diez ó doce días. Por consiguiente, el joven entrará pronto á su estado normal de salud: no debe Ud. temer ninguna complicación.

—Mucho me complace su diagnóstico. Pero ¡ay! existe otro mal de profundas raíces, cuyos resultados me hacen temblar. Por circunstancias fortuitas, mi hijo conoció á una joven de la que, al momento, se enamoró con locura; con la fuerza de una lozana juventud, virgen de ninguna otra amorosa pasión. Viéndole triste y desalentado, cosa inusitada en él, yo inquirí el motivo de su malestar. Como quiera que, á la vez que padre, soy el íntimo amigo de mi hijo, él me confesó esa pasión instantánea que se apoderó de él como así mismo que la mujer amada no podría nunca corresponder su amor por hallarse ligada á fuertes compromisos anteriores. ¡ Con qué placer hubiera yo contribuido á la dicha de mi hijo, teniendo á mi disposición un fuerte capital! O mejor dicho, siendo él mismo dueño de esa riqueza, que á su nombre deposité en el Banco! Pero ese dinero no sirve en este caso: no allana la dificultad. Lleno de pesa-

dumbre por mi inutilidad para hacer feliz á un hijo que amo más que á mi vida, le aconsejé un viaje al extranjero, con objeto de alcanzar, por medio de vistas y gentes de otros países, se distrajera, si no del todo, en parte, de ese funesto amor..... Después de alguna resistencia, ya había accedido á mi ruego: se preparaba á partir en la próxima semana, cuando este desgraciado acontecimiento le ha postrado en cama

—De cuya cama se levantará muy pronto,—repuso el doctor— y podrá emprender el proyectado viaje.

—Sí, doctor; pero aún hay más: tengo cosa más sensible que referirle á Ud. Ultimamente he adquirido la certeza de que la joven tan amada de mi hijo, por un siniestro acontecimiento, ha muerto derrepente.

—¡Cómo! ¿y lo sabe su hijo?

—Aun nó; pero lo sabrá pronto ¿qué cree Ud. le sucederá cuando lo sepa?

—Si el joven amó mucho, la explosión de su dolor será grande..... pero pasará, pasará; no muy pronto, eso nó, pero el tiempo—gran panacea de los dolores morales—hará al fin que la razón se sobreponga al sentimiento.

—Cree Ud. que para mitigar esa pena será eficaz el viaje proyectado?

—¡Oh sí, sí! Los viajes, presentando á cada paso nuevos panoramas, pueblos diversos y variadas costumbres, contribuyen mucho á atenuar los grandes dolores morales. Antes de un año, no podrá el joven tranquilizarse del todo. Durante ese tiempo, el espíritu atribulado irá reaccionando poco á poco, hasta que vuelva á su estado normal. Hay algunas personas que nunca se curan de esas afecciones morales; continúan persistentes hasta el sepulcro. Eso no sucederá en un joven que apenas entra en la primavera de la vida. Si viaja, no será difícil que le distraiga la memoria de su amor perdido, la vista de alguna otra mujer joven y hermosa. En ese caso la cura sería rápida y radical. Espérela Ud. así, mi estimado señor, porque la juventud pide amar y ser amada.

El caballero, muy agradecido á los consuelos del doctor, lo condujo al dormitorio, donde el señor Amador, acostándose en amplia y mullida cama, durmió de un tirón todo el resto de la noche. La anciana retiróse á su cuarto; y el buen padre, tomando del armario un libro, sentóse á la cabecera de su hijo, leyendo hasta que amaneció.

Después de tomar ligero desayuno, el doctor dejó escritas direcciones para curar la herida. Montando á caballo

iba ya á partir, cuando el Solitario le puso en la mano unas cuantas onzas de oro; él aceptó dos, rehusando las demás; estrechó la mano de su nuevo amigo, pues ya lo era después de la conversación confidencial, y partió para la capital.

Quince días después hallábase Alberto completamente restablecido. Lo primero que le dijo á su padre fué que deseaba ir al sitio donde cayó el gran árbol. Había llegado el momento tan temido por el pobre Solitario; era preciso relatar la catástrofe. Dirigióse á una pequeña mesa, de cuyo cajón sacó el trozo del vestido de Armida y presentándolo á su hijo le preguntó:

—¿Conoces esto?

—¡Ay! sí; es un pedazo del vestido de la que amo.

—Dime, querido hijo, ¿por qué se hallaba entre tus dedos ese fragmento de tela?

—Yo, padre mío, sabiendo que Armida iba con frecuencia á sentarse bajo el frondoso árbol de la ribera, fuí allí con el objeto de darle mi último adiós, puesto que me iba á viajar, y talvez nunca más volvería á verla. ¿Condenas mi conducta?

—Nó, hijo mío: te ibas y es muy disculpable.

—Pues bien, amado padre, en aquella despedida conocí plenamente que ella me amaba tanto como yo á ella. Me lo confesó por ser la última vez que nos veíamos; sus abundantes lágrimas demostráronme el gran dolor que la causaba mi partida. Agradecido á ese amor imposible en sus manifestaciones externas, pero grandemente sentido por los dos, yo tomé la orla de su vestido para besarla; en el mismo instante rugió el huracán y nada más supe.

—Y nada te indica que ese lienzo, agarrado con fuerza, quedara entre tu mano?

—Me prueba que el vestido se rompió..... Pero yo necesito saber qué fué de Armida.

—Hijo mío, eres joven, pero eres hombre y debes afrontar con valor las situaciones más calamitosas. Es preciso decirte que tu bien amada ya no existe!

Alberto dió un salto poniéndose lívido como un cadáver.

—¡Que no existe! ¿Quién ha dicho tal?

—Yo, amado hijo—, yo que daría mi vida por ahorrarte este dolor. La joven fué arrastrada al río por una enorme rama del grande árbol. Si pudiera haber alguna duda sobre la certeza de esa funesta desgracia, quedaría disipada por el descubrimiento que hizo el administrador de la hacienda. El vió, bastante lejos del sitio donde cayó el árbol, flotar

una gran rama. Enredado en ella iba un pedazo de tela de la misma clase, á juzgar por el color del que tú tenías en la mano. Se comprende lo que eso significa: la joven quedó sujeta á la rama por el vestido, éste se rompió con el peso y el cuerpo desapareció entre las ondas del río ¿Lo comprendes, hijo mío?

Alberto no contestó: estaba casi desmayado. El triste padre comenzó á dirigirle las palabras más consoladoras; quería que su hijo llorara—ya es sabido que ese benéfico rocío del sentimiento, mitiga un tanto el dolor. Por fin lo consiguió. El joven sollozó todo el día sin querer tomar alimento alguno. Al fin la pena y la debilidad lo sumergieron en una especie de somnolencia que, si no era sueño perfecto, lo tuvo aletargado toda la noche. Por varios días este infeliz, herido en su grande y primer amor, no cesó de lamentar su triste suerte, lamentos que su buen padre trataba de atenuar con dulces, cariñosas frases.

Alberto se arrojaba á los brazos del Solitario, rogándole le perdonase su egoísta pena, que, con sus lamentos, le hacía olvidar la, nó menor, de su padre, el cual sufría horriblemente viendo en tal agonía al hijo muy amado. La vieja María aseguraba que aquella desgracia era la última prueba á que la Santísima Virgen sometía á sus queridos señores. Que Albertito sería feliz al fin..... Sí, ¡muy feliz! y su papá también. ¿Por qué lo sé? porque tengo la doble vista. Ellos oían los vaticinios de la anciana como producto de anestesia cenil..... El caballero había conseguido que su hijo consintiera en realizar el proyectado viaje. Para el joven, todo le era igual..... al presente no pensaba, ni quería nada, cosa común en los cataclismos pasionales. Los demás piensan por los doloridos. La pérdida de un sér tan amado, es verdaderamente desconsoladora en la primavera de la vida. La inercia toma posesión del doliente y déjase guiar por ajena voluntad, porque la suya la atrofió el sentimiento. Por eso, á pesar de su presente carencia de actividad voluntaria, Alberto iba á partir. Amaba á su padre, éste quería que viajara y él se iba de viaje. Lo mismo hubiera sido que le mandara hacer cualquier otra cosa; al presente, el joven sentíase casi imbécil..... nada le importaba ir ó venir, comer ó no comer, porque su apetito habíase ido lejos.

El padre, que veía ese marasmo de su hijo, fincaba su esperanza en el cambio de objetos y climas: si eso no hacía reaccionar aquella indiferencia por todas las cosas de la vida, su hijo estaba perdido.....

El Solitario, cumpliendo lo ofrecido á Soldevilla, le envió una carta concebida en estos términos:

“Señor don Guillermo Soldevilla.

Hacienda de Miraflores.

“Distinguido señor:

Habiendo mi hijo recuperado su salud, le he preguntado la causa de hallarse entre su mano un trozo de vestido de su señora de Ud. Me ha dicho que al pasar por la ribera, donde con frecuencia iba á cazar, vió allí á la señora. Al acercarse á saludarla estalló el huracán, y entonces, con rápido instintivo movimiento, la agarró fuertemente por el vestido; sin duda por uno de esos espontáneos impulsos naturales en el hombre al ver en gran peligro á un semejante.

Mi hijo no puede dar otra noticia, porque es seguro que en el acto, debido á la presión del inmenso ramaje, perdió el sentido. Deseo que Ud. tenga resignación para sobrellevar esta gran desgracia.

Quedando á sus órdenes su Atto. S. S. Q. B. S. M.,

C. V.”

Dos días después, Alberto se despedía de la anciana que seguía impertérrita en sus vaticinios de futura felicidad. Al amanecer, Alberto y su padre, montados en buenas bestias, emprendieron el viaje camino de la ciudad.

En seguida se avistaron con el doctor Amador, que demostró gran cariño á los viajeros felicitándolos por el rápido restablecimiento del joven. Aunque no se le escapó el sello de gran tristeza que exhibía el semblante de Alberto, cuidóse mucho de hacer alusión alguna al pasado. El Solitario preguntó al doctor si conocía alguna persona que fuera idónea para acompañar á su hijo en el viaje que iba á emprender, pues habiéndose criado en el bosque desde pequeño, el joven no conocía nada del mundo, ni menos de los mares; así que necesitaba un guía experto, práctico en los cambios que pueden ocurrir en tales circunstancias: un marino sería lo mejor.

—Creo—dijo el doctor—que puedo proporcionar á Ud. un hombre que reúna las condiciones apetecidas. En mi calidad de médico, conozco y trato personas de todas las clases sociales. Hay un antiguo marino que hace algún

tiempo se retiró del servicio. Siempre me habla con entusiasmo de sus pasadas correrías marítimas. Me parece que este sujeto aceptaría con gusto una misión de ese género.

—Pues, entonces, doctor, le estimaría me entrevistara con ese señor, para arreglar pronto el asunto.

Al momento—repuso Amador—vamos á casa, y calándose el sombrero acompañó á sus amigos casa del marino. Don Miguel Pérez—que ese era el nombre del caballero—podría tener unos cincuenta años. Después de los previos saludos, el doctor expuso el objeto de la visita, añadiendo que, en caso de aceptar, sería remunerado con largueza.

—¡Oh! dijo don Miguel—acepto desde luego; no tanto por el sueldo sino porque un viejo lobo marino como yo, que ha pasado largos años cruzando en todas direcciones el gran charco, no se halla bien en tierra firme.

El Solitario preguntóle si quería conformarse con la remuneración de trescientos duros mensuales; si nó, que estipulara él mismo la cantidad.

—Esos honorarios de trescientos duros—dijo el marino— son una ofreta bastante generosa: no aceptaré ni un céntimo más.

Quedó, pues, todo arreglado. Faltaba averiguar qué buque zarparía pronto.

—Justamente, dijo don Miguel—mañana temprano leva anclas la hermosa fragata “Bella Engracia”. Va directamente á New Orleans. Si Uds. quieren podemos partir en ella.

—Pues bien, don Miguel, sírvase Ud. tomar dos pasajes de primera, para Ud. y este joven. El Solitario, llevando aparte al marino, continuó de modo que su hijo no lo oyera:—Este viaje lo emprende mi hijo por voluntad mía, y no de él. Mi objeto es ver si puede distraerse de una profunda afección moral que sufre. El no ha salido nunca del Brasil; no conoce nada, ni á nadie fuera de este país: sea Ud. su constante compañero, tanto en el mar como en tierra. Se lo recomiendo á Ud. como la persona más querida que tengo en el mundo: guíele Ud. y condúzcase con él como si fuera su propio hijo. Tengo confianza en que Ud. hará lo posible por distraerlo, llevándole á aquellos sitios que Ud. juzgue más aparentes para alcanzar los fines deseados ardentemente por mí, que sólo tienden á que mi hijo recupere, siquiera en parte, su pérdida calma. . . .

—Así lo haré, se lo juro. Ya noté que el semblante del joven expresaba pena, pero le ofrezco á Ud. que las brisas marinas disiparán pronto esa tristeza.

Al día siguiente el Solitario, entregó á su hijo un paquete, diciéndole:

—Ahí dentro llevas, amado hijo, el retrato de un hombre que ha causado toda mi desgracia, y además, van ahí también algunas instrucciones sobre cosas que ignoras: ellas te pondrán al corriente de algún episodio de mi juventud. De Norte América, diríjete á tu patria, que es Santa Cruz de la Palma, en las Canarias. Allí, en la primera isla que desembarques, aunque no sea en aquella que fué tu cuna y la de tus padres, abrirás el paquete imponiéndote de las notas que van en él. Pero aunque desembarques en la capital del archipiélago, que es Santa Cruz de Tenerife, siempre irás después á la Palma. Allí hay una señora que fué íntima amiga de tu madre. Se llama doña Carmen de Lozano. Si puedes enseñar el retrato á esa señora, quizá élla te diga quién es! Ya ves, hijo mío, que tu viaje tiene un fin importante para tu triste padre.

Alberto, sollozando, se arrojó en brazos del Solitario, ofreciendo cumplir fielmente todos los encargos que le hacía. Abriría el paquete en llegando á Canarias; antes nó.

Tomó una maleta conteniendo ropa y abundante metálico, y acompañado de su padre y del señor Amador, que quiso despedirse, fuéronse al muelle, donde ya don Miguel les aguardaba. Alberto apretó la mano del doctor, procurando al estrechar en sus brazos al Solitario, contener las ardientes lágrimas que pugnaban por correr: le daba rubor de mostrarse tan débil. Al fin embarcáronse; y este nuevo Telémaco, acompañado del Mentor, emprendió su Odisea...

¿Tendrá feliz resultado? ¡Ya lo veremos!





CAPITULO XXIV

EN LA GRUTA

Cuando Armida abrió los ojos, deslumbrada, volvió á cerrarlos. Poco á poco fué rehaciéndose de su grandísimo asombro, atreviéndose, al fin, á mirar el sitio donde estaba: acostumbrándose á observar de frente aquella gran claridad que la rodeaba. ¿Pero, qué era aquello? ¡Sería un templo....! Muchas columnas se elevaban del suelo, terminando en punta. Del alto techo descendían otras con ancha base, terminando como las de abajo en delgada arista, que uniéndose á las del piso, formaban pilastras delgadas al centro y amplias, ensanchadas, en sus opuestos extremos. Otras, bajando de lo alto, quedaban truncadas en medio del espacio. Así mismo emergían del suelo con profusión, ligeros conos más ó menos altos, diseminados por la tierra acá y allá. Destacábase del techo abundante variedad de colgantes prismas, de distintos tamaños y grueso, formando una especie de gigantesco fleco recortado al acaso, sin igualdad. Su conjunto presentaba el aspecto de una fantástica construcción aérea emitiendo chispas luminosas; porque en aquella estraña arquitectura blanca, muy blanca, los fulgores de una hoguera encendida, allá, más lejos, reflejábanse potentes, haciendo lanzar deslumbrantes resplandores á todo aquel laberinto de rara perspectiva y asombrosa construcción.

La joven, casi aterrada, viéndose en un sitio que presentaba caracteres raros y desconocidos para ella, pensó en los encantamientos: moradas de Genios..... En los cuentos de allá en la infancia.....

—¡Dios mío! ¿dónde estoy? dijo en voz alta—que retumbó sonora en las concavidades de aquel sitio.

Al instante vió, que por entre el laberinto de conos, se

acercaba una figura majestuosa. Era un anciano alto y robusto, con plateada barba que bajaba casi á la cintura: iba cubierto con una especie de túnica de pieles. Cuando llegó cerca del camastro donde descansaba Armida, ésta gritó con pánico terror: ¡“El Espíritu del Río”! y escondió, bajo el rústico cobertor, cabeza y manos. El anciano sonrióse retrocediendo hasta la hoguera que en el suelo ardía. Al calor de la lumbre estaba una olla de barro, conteniendo leche. Tomó de una cavidad de la roca una taza también de tosco barro, y llenándola de leche, volvióse paso á paso donde la joven, llena de miedo, continuaba bien cubierta sin atreverse á asomar ni un dedo.

—Niña—dijo el anciano—descúbrase Ud. y nada tema. Yo no soy un espíritu como Ud. cree: soy un hombre que ha tenido la dicha de salvarla, esta tarde, de una muerte inevitable y cierta.

Armida, consolada con eses palabras, con vez no muy segura, dijo, descubriendo la cara:

—Señor, le he llamado Espíritu del Río porque con ese nombre le conocen á Ud. los indios de la ribera.

—¡Cómo! dijo el anciano—¿hay indios que me han visto?

—Sí, señor; yo misma, por medio del antejo, le ví á Ud. hace pocos días; por eso lo reconocí enseguida.

—¿Y cree Ud. todavía que soy un ser inmaterial?

—¡Oh, nó! Yo siempre creí que Ud. era un hombre; pero al verle en esta fantástica morada principié á pensar si los indios tendrían razón.

—Por más fantástico y admirable que sea este sitio, él es un producto natural de antiquísima formación calcárea. Las estalactitas y estalagmitas han formado, con la sucesión de los tiempos, toda esa construcción de arcos, columnas y arabescos, realmente asombrosa, pero perfectamente natural; heridas por la luz de la hoguera, lanzan luminosos destellos y no es raro que Ud. se haya sobresaltado á la vista de tan extraño conjunto. Luego con la idea de un Espíritu del Río, habitante de este encantado palacio. . . . ¡Vamos! que Ud. ha tenido sobrado motivo para asustarse. Ya todo pasó; ahora hágame el favor de tomarse esta taza de buena leche: duerma bien, y mañana hablaremos.

Armida iba á incorporarse cuando notó que estaba desnuda.

—¡Dios mío! ¿y mi ropa?

—Está secándose junto á la hoguera. Los médicos, hija mía, para salvar la vida de algunos de sus enfermos, tienen

que desnudarlos. Me he visto en el caso de hacer lo mismo con Ud. Sus ropas chorreaban agua: era preciso libertar á Ud. de esa humedad y secarlas. No tenga ninguna preocupación por eso. Considéreme como el facultativo que ha procedido según lo exigía la gravedad de su enfermo. Le dejo sobre esta piedra que está junto á la cabecera, la cual por largo tiempo ha sido mi mesa de noche, la taza; tome Ud. el contenido mientras voy á dar vuelta á su ropa.

Y alejándose, aquel señor encaminóse á la hoguera donde, tendida en una cuerda, estaba la ropa de la joven, incluso medias y zapatos. La ropa fue dada vuelta y muy bien estirada, conociéndose que el buen habitante de la Gruta, estaba acostumbrado á desempeñar por sí mismo cualquier faena doméstica. Sacando del recobeco que servía de vasar otra rústica taza, llenóla de caliente leche que fue tomando á pequeños sorbos. Después arregló cerca de la lumbre un poco de musgo y yerba seca, poniendo más cantidad del lado de la cabeza porque iba á ser su lecho, pues el que usaba lo dejó para Armida. Ultimamente volvió junto á la joven, que ya había tomado su poción, recogió la taza diciendo:

—Duerma Ud. tranquila; es verdad que la cama es demasiado rústica, pero confío en que la juventud y el calorcito de la leche, atraerán el sueño. Mañana tendrá su ropa seca sobre esta bonita mesa de noche. Conque, buenas noches.

Armida saludó, cayendo á poco en brazos de Morfeo. El susto, el asombro, la admiración habíanla tenido tan absorta que ni siquiera había pensado en el huracán y sus consecuencias. . . . Sólo veía y admiraba lo presente: como quiera que sentía cierta laxitud debido al largo rato que estuvo sumergida en el río, y el calor de la leche la produjo gran bienestar, durmióse pacíficamente sin pensar en nada. Mañana pensaría.

En cuanto al Espíritu del Río, tendióse en su montón de hojarasca y á favor del calorcito que le enviaba la casi extinguida hoguera, entregóse al sueño de los justos. . . . Al otro día un rayo de sol entraba esplendoroso por una gran abertura natural que hacía oficio de puerta en un extremo de la gruta. Ya el dueño tenía fuego, que encendió de la manera más primitiva. Valíase de una tablita de madera verde con un agujero en el centro, de ahí partía una pequeña ranura sobre la que se ponía un haccillo de hojas secas; después, con un palito ó varilla de madera seca del grueso del agujero, introducido en él, se daba vuelta rápidamente como para batir chocolate; pronto saltaban chispas incendiando las ho-

jas que se colocan en el hogar, previamente surtido de combustible, y ya tenemos fuego.

Entretanto la nueva habitante de la Gruta, incorporóse en su lecho y viendo la ropa doblada al alcance de la mano, vistióse apresuradamente. Al ponerse la enagua de fina gasa, echó de ver que faltaban en ella dos trozos de tela. En tonces fue cuando recordó lo pasado. Sí, ella vió bien que Alberto la tenía agarrada del vestido cuando sobrevino el cataclismo. Si faltaba el pedazo era porque la tela se rompió; sí, eso fué. Pero Alberto ¿qué se hizo? ¡Dios mío! lo mataría el árbol.? Cómo podría ella saberlo? Estas ideas la contristaban mucho. pero viendo que el anciano se acercaba trató de poner buen semblante.

—¿Cómo pasó Ud. la noche, querida niña? Durmió algo en ese mal camastro?

—¡Oh, sí señor! muy bien: dormí toda la noche.

—Éllo, me complace. Vamos ahora á tomar leche y á que Ud. visite mis dominios—dijo sonriendo—el Espíritu. Después los dos nos haremos mutuamente la presentación: Ud. sabrá bien quién soy y por qué vivo en esta Gruta, y á su vez me dirá quien es Ud. y por qué ha caído en el río. Ahora comience, niña, por observar á la clara luz del día, los prodigios arquitectónicos que encierra esta admirable cueva. Ahí tiene Ud. una ornamentación tan rara como natural, soberbia en la disparidad de sus columnas, arcos, pilastras, cornisas, conos truncados, todo ello circundado de extraños arabescos, de varias formas y tamaños. A la luz artificial, como Ud. misma ha podido ver, todo este edificio se abrillanta; pero á la diurna puede observarse mejor en sus menores detalles, examinarlo y darnos cuenta cabal de su caprichosa grandeza.

Armida contemplaba todo aquello con religiosa admiración. Sabía que existían esa clase de grutas; no habiéndolas visitado nunca, no creía que fuesen tan magníficas. ¡Y pensar que aquel prodigio estaba tan inmediato á Miraflores! El anciano y la joven salieron al campo por la puerta natural que abría en la roca. Allí también había que admirar. Era un terreno como de cuarenta á cincuenta metros de ancho, que se prolongaba mucho más, formando una cañada. Por ambos lados la roca alzábase perpendicular á gran altura. Allá, al fin comenzaba á estrecharse concluyendo por quedar cerrada formando la de uno y otro lado un solo cuerpo. Esta, pues, era otra maravilla natural: una especie de oasis en medio de riscos inaccesibles. Todo el terreno estaba cubierto de espléndida vegetación; no tan valiosa por su

exuberante lozanía, como por sus frutos alimenticios, cosa de capital importancia para cualquier persona habitante de la Gruta. Junto á la base de las rocas, en ambos lados, crecían soberbios nopales cargados de pepinos: varias higueras pululaban acá y allá; los ricos bananeros se doblaban al peso de sus grandes racimos; los guayabos y otras útiles plantas, entre ellas el modesto sorgo, minúsculo cereal, muy capaz para comer tostado ó en sopa. Un arroyuelo de agua cristalina deslizábase serpenteando por el valle yendo á perderse bajo la alta roca, con dirección al río; en las márgenes de este riachuelo, crecía el sabroso ñame y en sus inmediaciones había gran número de matas de la textil cabulla. Pero la nota más alegre del pequeño paraíso, era el rebaño de hermosas cabras que lo habitaba; como así mismo las bandadas de palomas que habían formado sus nidos en las anfractuosidades de las rocas. Armida, estaba encantada registrando todos los recovecos de aquel tan precioso como agreste sitio. Volvióse al Espíritu, diciendo:

—Pero señor; si Ud. habita en un país encantador!

—Sí, niña; si la Providencia me condujo á él, proveyóme de cuanto es estrictamente necesario para la vida; si he sido solitario habitante de esa Gruta maravillosa, por cuatro ó cinco años, no puedo quejarme: la mano Próvida derramó sobre mi aislamiento, todos los dones que brinda la Naturaleza.

Al terminar la gira, el anciano trajo de la cueva dos grandes tazas de barro. Dióselas á la joven y comenzó á llamar:—Mocha, mocha. Al momento llegó brincando una hermosa cabra color perla, que no tenía cuernos. El dueño le dió á comer un puñado de yerba fresca y tomando una taza principió á ordeñar al manso rumiante. Presentó después á la joven la taza desbordante de leche caliente; ordeñó otra para sí que apuró enseguida y dando dos palmaditas á la Mocha, la dejó ir á incorporarse á la manada. Tomado este poco variado, pero exquisito desayuno, el anciano, muy previsior, arrimó un grueso y seco tronco á la lumbre para que el fuego no faltara á la hora de condimentar el almuerzo —y volviéndose á la joven, dijo con sonrisa:

—Vamos ahora á visitar el sitio donde el Espíritu del Río se sienta todas las tardes á contemplar las ondas: donde Ud. y los indios lo han visto y donde él tuvo ayer la suerte de salvarle á Ud. la vida.

Ambos se encaminaron al fondo de la Gruta, y en punto diametralmente opuesto á la puerta que salía al vallecito, bajaron una pequeña cuestecita á la que seguía un túnel de

unas tres varas de largo que terminaba en un pequeño espacio casi circular, era una especie de pozo; de un lado tenía una rampa casi perpendicular, pero de fácil acceso porque el anciano había tallado en ella tres anchos escalones que conducían al piso superior cercano á la orilla del río. Por la forma de esa salida no podía verse de la opuesta orilla, máxime cuando los bordes del brocal en que terminaba la escalera estaban rodeados, naturalmente, de piedras de todos tamaños y pequeña, achaparrada vegetación. Era pues, imposible descubrirla mirando de lejos y en sentido diagonal. Por esa razón ni los indios ni Armida con el antejo, sospecharon allí cavidad alguna. El Espíritu y Armida subieron la pequeña escalera y sentándose en dos piedras junto á la ribera tomó aquel la palabra, diciendo:

—Ayer tarde me disponía, como acostumbro, á subir á este sitio, cuando rugió el huracán; volví sobre mis pasos saliendo á la cañada á ver si hubo destrozo en la arboleda. Todo permanecía en buen estado, debido á que la elevación de las rocas preservó aquel sitio de los furiosos del terrible meteoro. Volvíme, pues, atrás y subiendo á la ribera sentéme en esta misma piedra donde estoy ahora. Pronto comencé á ver flotar río abajo varias ramas, sin duda despojos de los muchos vegetales que el huracán destruyó. Al fin apareció una tan grande, que no rama, sino árbol entero parecía. Como la corriente tiene poca rapidez, el ramaje deslizábase pausadamente, y al llegar frente á mí observé con sobresalto, que entre el follaje sobresalía de las aguas la cabeza de un sér humano. ¿Era un cadáver ó un sér vivo? Como sé nadar bien, me lancé al agua tal cual estaba vestido, pues la situación era apremiante: si aquella persona vivía importaba salvarla pronto. Nadando rápidamente en sentido diagonal para ganar la delantera al árbol llegué pronto casi al centro del río. Entonces eché mano á la cuerda de cabulla que uso, como Ud. vé, para sujetar á la cintura mi sayo de piel, amarrando un extremo á un gajo de la rama y tomando el otro, conduje mi presa de cabestro, hasta la orilla. Ya aquí, até la cuerda á una piedra, corriendo al momento hacia donde estaba la persona: desde luego conocí que era una mujer. Sus largos cabellos estaban enredados á un gajo distante de la superficie de las aguas; á esa feliz casualidad debió Ud. su primera salvación; porque su cabeza flotaba fuera del río mediante la tensión de la cabellera sujeta á un gajo más alto. No me costó poco desprender el pelo: al fin lo conseguí. La saqué á Ud. del agua y cogiéndola en brazos deposité el cuerpo aquí en el suelo para reconocer si aún

vivía. Puse mi mano sobre su pecho, conociendo al instante que el corazón latía con regularidad, había vida; aquello era un desmayo.

Solté del árbol mi ceñidor, dando un puntapié al despojo para que siguiera su destino; volví á arrollarme la cuerda á la cintura y levantándola á Ud. la conduje al camastro donde ha pasado la noche. Sin duda Ud. se hallaba al pie del árbol: el huracán lo tronchó: cayó al río arrastrándola á Ud. con él.

—Así es señor: yo nada supe después.

—Continuando la diré que después de quitarla sus ropas, la arropé bien envuelta en pieles; encendiendo después buen fuego para secar sus vestidos. Ya sabe Ud., hija mía, cómo ocurrió su salvación.

—¡Ah! jamás olvidaré su abnegación al tirarse al ancho río con su vestimenta de pieles, que acaso le hará mucha falta.....

—No, niña; yo tengo dos sayos de ese género para cuando es preciso remudar.

—Pues bien, señor; el servicio que Ud. me ha prestado es el mayor que un semejante puede prestar á otro, salvarle la vida. Mi posición es buena, soy bastante rica. Puedo, si salimos de este sitio, serle útil en algo á Ud. Todo cuanto tiene y vale, lo pone á la disposición de Ud. Armida del Castillo.

—¡Cómo! ¿Ud. se llama Armida del Castillo?

—Sí, señor.

—¿Y sus padres?

—Mi padre Rafael del Castillo, oriundo de Tenerife, en las Canarias. Mi madre, francesa, se llamaba Armida Sué, y fué primera camarista de la Reina, esposa de José Napoleón, cuando era Rey de España.

El Espíritu del Río, estupefacto ante aquella revelación, enmudeció al pronto; pero reaccionando al fin, alzó los brazos al cielo exclamando:

—¡Oh, gran Dios, cuán desconocidos son tus designios! ¿Cómo he podido á millares de leguas de nuestras respectivas patrias, salvar la vida á la hija de mi mayor amigo, que en tiempos salvó la mía? ¡Esto es tan admirable, que no vuelvo en mí del asombro!

El anciano se había puesto en pié, y la joven también.

—Dice Ud., señor que mi padre le salvó la vida. ¿Quién es Ud., pues?

—Mi nombre es Alberto Sorel. Yo, queridísima hija, fui el más íntimo amigo de tu padre,—permíteme que te tutee.

—¡Oh, sí! Sé perfectamente que Ud., sentenciado en consejo de guerra á ser pasado por las armas, iba á morir al día siguiente, cuando mi buen padre, valiéndose de una santa estratagema, le salvó, haciendo aparecer cadáver al que fué fusilado solamente con pólvora. Esa historia me la refirió mi madre, años después: en la época del suceso yo no había nacido.

—Ahora, hija mía, abrázame y permite bese tu frente.

Armida y don Alberto abrazáronse depositando aquel en la hermosa frente de la joven un ósculo paternal. Allí mismo en la orilla del río la joven refirió al amigo todos los acontecimientos de su vida, sin omitir ningún detalle. Sólo guardó silencio sobre su amor: eso no podía decirlo.....

Al terminar el relato, dijo Sorel:

—Ahora, hija mía, vamos á comer algo. Enseguida te contaré mi historia, que es un poco larga. Quisiera tener algo bueno para celebrar el fausto acontecimiento de este día, pero ¿qué puedo ofrecerte en esta soledad?

—Supera á cualquier banquete el placer de nuestro mútuo reconocimiento, arguyó la joven.

Entrando en la gruta, fuéronse hacia el fuego, donde el grueso tronco dejado allí, habiase ya convertido en montón de brasas muy propias para hacer un asado. Don Alberto dirigióse á una de las varias cavidades que tenía la Gruta y sacando de allí medio cabrito crudo, después de lavarlo en el riachuelo, echolo en el brasero, dándole frecuentes vueltas sobre las ascuas para que no se quemara. Armida dijo que quería ayudar en algo. El Espíritu del Río dándole un pequeño canasto de varas, envióla á la más próxima higuera para que lo llenara de higos frescos que servirían de postres. Poco después volvía con el canastillo, desbordando en él la rica fruta; tan sazónada que ya se retorció el pezón. Asado el cabrito, se colocó en gran bandeja de barro y el anciano trajo un hermoso queso, cuajado el día anterior. Sobre tosco mantel tejido con hebras de cabulla, extendido en el suelo púsose la bandeja y un plato con el queso; asimismo unos cuantos plátanos secos al sol. El anfitrión, no poseía más que un cuchillo grande, un cortaplumas y una cuchara de palo. Esta y la **vajilla** fueron fabricadas por él mismo.

—Ahora, hija mía, hay que hacer uso del tenedor con que la Naturaleza nos dotó; y riéndose ambos del retroceso á lo primitivo, comieron con los dedos la tierna y sabrosa carne del cabrito, sirviéndoles de pan buenas rebanadas de queso fresco. Al fin emprendiéronla con los higos, dejando vacío el canasto; por vía de dulce finalizaron la comida con

unos plátanos secos—pues ya se sabe el pronunciado sabor sacarino que, al secarse, adquiere ese fruto.

—¡ Magnífica! Nunca he almorzado tan bien.

—¡ Qué adulatorcilla!

Armida quiso, á todo trance, lavar la loza; y fuese con la vajilla al riachuelo. Mientras, don Alberto ordeñó algunas cabras, llevando la leche en grande olla que puso al rescoldo. Sacó de los ñames un buen trozo, envolviólo en hojas de plátano, púsolo sobre las brasas echando encima buena capa de ellas y finalmente mucha ceniza. Eran los preparativos para la comida de la tarde. La joven, terminada su tarea, guardó la loza en un recoveco de los más capaces. Después fué á sentarse sobre la yerba á la fresca sombra de un corpulento guayabo, donde ya don Alberto la esperaba para referirle su historia.

